



CHISME

TIPOS ARTÍSTICOS, POR REYU.



Mirando al cielo es tan bella
que al verla no sé que siento
que su fé c. mi fé destella...
¡y aunque fuera en un convento
me metería con ella!

Crónica

A la hora en que nos disponemos á escribir estas líneas empezamos á respirar.

Y no es que volvamos á la vida después de algún desmayo producido por las últimas denuncias; más fácil sería que nos hubiéramos desmayado porque... (horroricense ustedes con todas las errés que encuentren á mano) el último número de EL CHISME ¡no ha sido denunciado!

¿Se habrán declarado en huelga también los fiscales? ¿Le está permitida la huelga á la justicia? Nosotros creemos que no; pero lo que si aseguramos desde luego es, que, de todos los petardos que hasta ahora han *explotado* (como dicen en castellano los chicos de la prensa) ninguno nos ha parecido tan grande como esa noticia, que ha caído sobre la redacción como una bomba.

¡No gana uno para sustos!...

Pues sí; digo que empezamos á respirar, porque después de tres días de horribles dudas y angustias sin cuento, han pasado las temidas huelgas de Mayo, y nos hemos tocado y aun palpado (con permiso de la autoridad competente) encontrando con gran satisfacción que todavía estamos vivos y *burgueseamos* á nuestro antojo.

La calma renace; la gente empieza á sonreír, y el ciudadano más gallina es ya á estas horas, pasado el peligro, lo menos tres valientes y medio.

Hasta D. Crispulo, uno de los huéspedes de la casa de al lado, tose fuerte y se asoma al balcón y todo, alentando á los demás compañeros de pupilage... ó de martirologio, según casi todas las opiniones.

Ya era hora de que al pobre señor le diera el aire.

¡Lo que él ha pasado estos días!...

La víspera del 1.º de Mayo, después de meterse en un colchón que él mismo había rollado en forma de mi nombre (véase la firma) hizo que le envolvieran en una montaña de trastos viejos y colchones, y provisto de dos tubos de *cautchouc*, uno para respirar y para alimentarse, y otro para hacer todo lo contrario de comer y beber, se encomendó á todos los santos y santas de la corte celestial, y aun á los de tres leguas á la redonda, por si alguno se había salido de paseo, y se dispuso á morir.

¡El solo sabe lo que ha sufrido allí!

Le ocurrió á uno de los huéspedes, por embromarle, dar una vuelta á aquella mole de colchones en cuyo fondo se perdía la voz de D. Crispulo, y como al hacerlo, cambiaron de lugar los tubos, yendo á parar el de la respiración al vaso de desagüe, y la patrona

había recibido instrucciones terminantes, resulta que le han estado dando la alimentación por la parte contraria; y para respirar...

¡Dios sabe lo que ha tenido que pasar para respirar! ¡Figúrense Vdes. que cuando le cambiaron los tubos, ya había llenado el vaso!...

Los demás huéspedes no han llevado á ese extremo sus precauciones, pero también han pasado muy mal estos días, porque doña Filomena, aprovechando las circunstancias y el peligro, no les ha dado de comer mas que carne de perro y cebolleta.

Lo prueba, según ellos dicen, el que desapareciera el perro de la casa, precisamente el día que se escondió D. Crispulo; y aunque ella ha jurado por su difunto (el marido, no el perro) que no, que lo que han comido es carne de la más cara, ello es que *el turco* no parece y los pobres se pasan la vida ladrando, para ver si saben, porque según les ha dicho un muchacho barbero que estudió para veterinario, si sus temores son ciertos, dentro de poco empezaran á notarse en ellos ciertas aptitudes y aficiones perrunas.

Si eso sucede, Arturito, que es el más guapo y más joven de los pupilos, está ya dispuesto á pegarse un tiro.

Eso sí; ha jurado (y con el los demás) que antes de que el caso llegue han de devorar á la patrona.

Y se la comerán.

Por lo pronto, este mes ya no le paga ninguno.

Para que no estemos tranquilos del todo, y como si no fuera bastante con los discursos que nos han disparado estos días hasta las *Menegildas* del ramo (*raspas* inclusive, como decimos aquí) hemos tenido también nuestros correspondientes petardos y hasta han dicho (¡no caerá ese petardo!) que le habían puesto uno en la chistera al Gobernador.

La noticia se ha desmentido antes de circular, y la autoridad ha tomado ya las medidas de los petardos y todas las demás medidas para evitar esos salvajes atentados.

El que no sé si habrá llegado á oídos de la autoridad, es el que ha dado á las de Trampolín un teniente de cazadores que tenía amores con la niña mayor, y se iba á casar enseguida.

Ha sido gordo, gordo.

Como que...

Peró ya lo sabrán Vds. cuando adelanten los baños.

Que por lo que yo he visto... este año van á tener que tomarlos muy pronto.

CANUTO BLANCO Y DELGADO.

Muerte dulce.

I.

Llegó á la tapia de la huerta. Estaba tan cerrada la noche y tan sombría, que si Jaime veía era porque en los ojos le brillaba la llama de los celos en que ardía. Y apartando las zarzas con la mano, se encaramó en el muro, con los brazos de hierro su aliento soberano; tan fuertes, que á sus cálidos abrazos se fundían las zarzas y la hiedra, y todavía yo no estoy seguro de si fué sangre de él ó de la piedra la sangre aquella que quedó en el muro. Y al ver la luz en la ventana abierta de la casa escondida entre el follaje, cuando pisó la huerta, hubiera dado su mirada incierta envidia á la ira de un león salvaje. — ¡A ver! ¡Traigo el puñal!... — y sonriendo llevó á sus labios un puñal diciendo: — ¡Qué feliz voy á ser! ¡Al fin, ingrata, voy á llenarte el corazón de besos!... Y dió un rugido de amargura, de esos que sólo el aire del rugido mata.

II.

Conteniendo el aliento se fué Jaime acercando poco á poco á un olmo gigantesco que crecía tocando casi á la ventana aquella, en que una luz ardía triste como una moribunda estrella. Se abrazó al duro tronco, y agilmente, las ramas altas con destreza asiendo,

fué subiendo, subiendo, hasta llegar de la ventana enfrente.

Allí estaba... Escondida la cabeza en la suelta cabellera de luz de aurora matinal teñida; mal envuelta en las sábanas del lecho de nieve, los redondos brazos fuera, y fuera el blanco y sonrosado pecho, parecía, dormida y tan hermosa, la ilusión de un amor dulce, soñado viendo un capullo de color de rosa sobre el ala de un cisne reclinado.

Jaime tembló; se le subió á la frente la ola inmensa de un fuego que abrasaba y hasta le pareció que iluminaba su mirada de fuego incandescente el cuerpo aquel que mudo contemplaba.

¡Pero qué! ¿No se había él prometido por su madre jurándolo aquel día, que antes de que otro fuera su marido, aunque era matarse él, la mataría? ¡Sí! ¡Sí!... Besó el puñal dando un rugido, hizo luego un esfuerzo soberano, y á la ventana al fin tendió la mano.

III.

Empezaba á rayar el nuevo día. Jaime se descolgó de la ventana al tiempo que la aurora aparecía envuelta en nubes de topacio y grana. Y una voz débil de mujer decía desde arriba muy quedo al poco rato, con un acento lleno de alegría: «¿Cuándo me vuelves á matar, ingrato?»

IVAN TASALMA.

Lluvia menuda

Es el baño una cosa verdaderamente higiénica.

Así lo comprendía la joven Elisa, mujer del acreditado notario señor de Garrapatas, (D. José.)

Un matrimonio bien avenido se encuentra algunas veces, pero tanto como el matrimonio en cuestión, casi me atrevo á asegurar que ninguna.

Elisa tenía la higiénica pasión del baño y D. José la no menos higiénica de la caza; pero como estas dos pasiones, lejos de ser contradictorias, pueden auxiliarse mutuamente en ciertas ocasiones, de ahí que no alterasen lo más mínimo la feliz armonía de aquel modelo de uniones conyugales.

Prueba al canto.

Elisa era tan bella y delicada como vulgar y robusto su marido. Aparte de la pasión in-

dicada, tenía una debilidad; la de no atreverse á negar sus favores á Narciso, teniente de husares muy en boga entre las damas de la población: debilidad muy excusable si se tiene en cuenta que parecían nacidos el uno para el otro. Estas cosas suceden con frecuencia.

Y, como sucedía con frecuencia también, el excelente notario se marchó á cazar una mañana; su linda mujercita aprovechó la ocasión para citar al bello Narciso, y ambos, de común acuerdo, se prepararon una tarde deliciosa. Excepto la doncella de confianza, obtuvieron permiso los criados para ir á paseo, la casa quedó silenciosa como si estuviera desierta, y Elisa se metió en un perfumado baño para hacer tiempo y satisfacer de camino su pasión favorita.

¡Ah! ¡muy grande es mi virtud cuando no aprovecho la oportunidad de revelaros todos los encantos de Elisa! Lo mismo al entrar en el baño que al salir, pudiéramos, querido lector, recrear juntos nuestras miradas en



¡¡Hum!! ¡Va me va á mi cargando esto!

—¡Le he dicho á usted que esta no es hora de pedir!...
—¡Si yo no pido! ¡al contrarió!



Yo debía pintarme un lunar... pero ¿y mi marido? Por supuesto; me lo pintaré donde no lo vea mi marido.



- No me gusta que vayas a cafés servidos por camareras.
- No hago más que tomar café.
- ¿Con gotas?



un millón de perfecciones; pero, no; la moral es antes que todo.

Estaba la habitación del baño próxima á la alcoba; así es que cuando la bella Elisa hubo secado su delicioso cuerpo con el tupido peinador, no tuvo más que levantar una cortina y casi de un salto ganó el amplio lecho, entre cuyas sábanas desapareció.

Como buen militar que era, presentóse Narciso á la hora convenida con una exactitud matemática. Había dejado su ropa en el jardín y penetrado en la habitación de la hermosa escalando una ventana. Dos torneados brazos le recibieron, y las cortinas del gran lecho de Garrapatas se cerraron herméticamente.

No quiero tampoco desvelar los misteriosos y sagrados goces del amor. Lléveme el diablo si insinuo siquiera que bajo las cortinas se cambiaron besos; que suspiros, ahogados por otros besos, se refugiaron en sus pliegues, que hubo silencios muy significativos y que el teniente cumplió con su deber como un bravo.

Porque lo más interesante ahora es saber la razón que tuvo el buen notario para renunciar á su expedición cinegética.

El cielo estaba muy nublado y D. José fué haciéndose por el camino estas reflexiones:

—Si se nos viene encima un aguacero, como parece probable, los conejos se refugian en sus madrigueras ó en cualquier agujero y se rien del agua; pero el cazador sorprendido en medio del monte ¿dónde se mete? Resfriado seguro... cuando menos. *Imitemos á Carranza.*

Y, en efecto, el prudente cazador metió la escopeta en su funda, llamó al perro y tornó á buen paso á sus lares.

Cuando su llave sonó en la cerradura, Elisa y Narciso se sobresaltaron como es natural.

—¡Huye! ¡Escápate! le dijo ella; es mi marido.

Aturdido Narciso metióse en la salita del baño, que no tenía más puerta que la de la alcoba. Ya no podía retroceder; el marido le cortaba la retirada.

—¡Si le ocurre entrar aquí!—pensó.

En las circunstancias difíciles es donde se revela el genio de los hombres. Narciso tuvo una inspiración. El agua, ya fría, del baño, había perdido su transparencia por el salvado y el almidón en ella disuelto y sin vacilar se sumergió.

Otro rasgo de genio.

Flotaba en la superficie uno de esos horribles gorros de cautchouc en que las mujeres envuelven su cabellera durante el baño y

con él se cubrió, de tal modo, que no se veía más que el gorro siempre flotando y al parecer con algún aire interior como un globo ligeramente desinflado.

Algún dios tutular velaba por él.

Aunque el volúmen de su cuerpo fuese mayor que el de su amada, el agua de la pila no rebosó; pero ésta quedó tan alta, que cualquier cosa, el menor movimiento del oficial, hubiera producido el efecto de la última gota en un vaso demasiado lleno. Estaba, pues, condenado á perpétua quietud.

—¡Qué felicidad, querido mío! no te esperaba.

Estas palabras de Elisa, dirigidas afectuosamente á su marido, sonaron amargamente en los oídos medio tabicados del oficial; pero esto no era mas que un preliminar de lo que le esperaba.

El ardor del notario por la caza se había transformado en un extraordinario apetito conyugal. Así suelen cambiar de objeto nuestros sentimientos, sin perder nada de su violencia.

Bien empleado le estaba al teniente el castigo que en aquellos momentos sufría. Rabiando de celos recordaba los encantos de que otro estaba sacando tan buen partido á dos pasos de él, detrás de aquella fatal cortina.

Por más que cerraba los ojos bajo el gorro de cautchouc, la imagen de Elisa se le representaba de voluptuosidad. Había en aquello cierto placer doloroso; pero hizo mal en no desterrar la visión con más energía; porque, efecto sin duda de los latidos de su corazón, que agitaron el agua con invisible remusgo, rebosó la pila, y una lluvia de gotitas cayó sonora sobre el pavimento.

—¡Oyes como cae? dijo el notario á su mujer. ¿Que tal? si no vuelvo á escape....

Un ronquido interrumpió la reflexión. Se había dormido.

El oficial aprovechó la coyuntura para escapar por el jardín donde le esperaba su ropa y así concluyó todo sin dificultad.

Refiriendo yo esta historia delante de varias señoras que ya no eran jóvenes, una de ellas, la vieja condesa de C. A., me preguntó con tono incrédulo:

—¿Tiene Vd. la seguridad de que el agua del baño estaba fría?

—Si señora.

Creo que se quedó pensando en Narciso con admiración.

ARTURO GIM.

¡De tus ojos!..

De tus ojos, ¿que diré,
amor mío, de tus ojos,
si por mucho que yo diga

ya tanto se ha dicho de otros
que resultaría pálido
lo que dijera en su elogio?

Puedo decir, sin embargo,
que en verlos cifro mi gozo,
y en que me miren mi dicha,

si no me miran con odio;
porque en ellos se retratan
tus pensamientos de un modo
que para saber qué piensas
basta mirarte á los ojos.
Cuando con amor me miras
siento el calor de los trópicos:
cuando con indiferencia,
siento el frío de los polos;
si están alegres me río,
si ellos lloran, también lloro,

si me suplican, concedo,
si piden perdón perdono,
que no es preciso que sean
muy enormes unos ojos
para ser muy expresivos
y para ser muy hermosos.
Y yo te aseguro que
son cuerpo sin alma todos
los ojos sin expresión,
y son sus orbitas, sólo,
dos sepulcros, donde yacen

enclavados en el rostro.
Y la expresión de los tuyos
basta á hacerme á mi dichoso,
bien los alces ó los bajas
bien me mires de reojo,
ya los entornes ó mires
de soslayo, ó de otro modo;
¡más si los pones en blanco
entonces... me vuelvo loco!

LUÍS GONZALEZ LOPEZ.

Nocturna

Las horas en dulce éxtasis pasaban
sus ojos me miraban con amor,
mis labios, afanosos, la buscaban
henchidos de pasión.

De los suyos, ardientes é incitantes,
tan lindos y mas rojos que el carmín,
frases de amor y besos palpitantes
pugnaban por salir.

Cuando mis ojos, que en constante anhelo
buscaban su mirada con ardor,

la encontraban, bajabala ella al suelo
con púdica emoción...

Fuerzas para vencerme no tenía,
resistir ya no me era dable más,
quise luchar aun, ¡Vana porfía!
¡ya no pude luchar!

Nos miramos un rato tiernamente,
nos cubrió un velo con su denso tul...
y al soplo del deseo solamente...
Apagóse la luz!...

FRANCISCO BALLESTEROS.

II Farniente

Era Juan un hombre de esos
que á acabar no llegan nada
de cuanto empiezan; tenía
el tal aptitudes varias,
era músico, poeta,
pintor, y qué se yo cuantas
cosas más; pero ninguno
de cuantos á Juan trataban
miró nunca, de sus manos
salir una obra acabada.
Un amigo, reprendíale
esta condición tan rara,

diciéndole poco más
ó menos estas palabras:
—Parece mentira, Juan,
que te venza la galbana,
la pereza, la desidia
ó como quieras llamarla,
á extremo tal, que pudiendo
(porque ingenio no te falta)
al mundo del arte dar
obras buenas y acabadas,
empiezas cuadros, poemas,
sinfonías y sonatas

y de todo cuanto empiezas
ni una cosa sola acabas...—
Hundióse indolentemente
Juan en la muelle butaca,
y exclamó, con tono enfático:
—Words, words ¡Palabras, Palabras!
¡Siempre la misma canción
en verdad que ya me cansa!
¡Lo mismo dice mi esposa
todas, todas las mañanas!

MANUEL AMOR MEILÁN.

Chismes y cuentos

Pues no señor; no nos han denunciado el último número.

Y en vista de eso ¿que les parece á Vdes. que hemos pensado?

¿Dirigirnos al Gobernador, dándole una carga... de gracias?

¿Dispararle una oda al fiscal, agradeciendo sus bondades?

¿Iniciar una suscripción para erigir un monumento á la justicia histórica?

Pues no señores, no: lo que hemos pensado, en vista de que á estas horas no sabemos que lo hayan denunciado todavía es...

Que de un momento á otro... ¡lo van á denunciar!

Una pregunta suelta: ¿Querría decirnos el Sr. Gobernador en qué artículo del Código se ha fundado al permitirse el lujo de telegrafiar á los gobernadores de Provincias para que recogieran en correos EL CHISME?

Porque si es que él se ha inoculado un código para su uso particular, nosotros le rogaríamos que no sea tan modesto y que lo dé á conocer...

No por nada ¿eh? pero... ¡lo revientan á uno!

—*

Nos dicen Luisa y Mercedes
Paredes, que Juan hermoso,
está ya loco furioso...
y se tira á las paredes.

MACANDITO.

Imp. de Calzada, Arco del Teatro, 9, pasaje.



—Dispenseme que me haya tomado la libertad de subir á su casa á estas horas; en último caso estoy dispuesto á bajarme.

ANUNCIOS

EL CORRESPONSAL EXCLUSIVO
DE

EL CHISME

EN MADRID ES

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad.—Plaza de Santo Domingo

AGENCIA ALMODOBAR

Se recomienda por la prontitud, inteligencia y economía con que gestiona toda clase de asuntos jurídicos y administrativos.

EMBAJADORES 10.—MADRID

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

— DE —

—❖❖❖ **EL CHISME** ❖❖❖—

EN VALENCIA

D. Julian Peris Mencheta

Entenza, número 40

UNICO EXPENDEDOR
AL POR MAYOR
DE

—❖❖❖ **EL CHISME** ❖❖❖—

EN BARCELONA

D. JUAN TASSO

Kiosco Rambla de las Flores, frente a la calle Hospital

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

DE

—❖❖❖ **EL CHISME** ❖❖❖—

EN SEVILLA

D. JOAQUIN NADAL

CAFÉ SUIZO.

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

— DE —

EL CHISME

EN CADIZ

D. JUAN RUBIO LOPEZ

Sacramento, número 25

EL CHISME

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Colaboran en él los mejores escritores y los más renombrados dibujantes

Administración: Calle de Fortuny n.º 3, entresuelo.

PRECIOS DE VENTA:

Número suelto. 10 céntimos.

Id. atrasado. 25